

Mas hasta ese consuelo nos niega
 En su saña la bárbara suerte;
 Solo el soplo feroz de la muerte
 Logrará nuestras almas reunir.

Cruzarémos el mundo apartados,
 Sin consuelo, ni amor, ni ilusiones,
 Tal vez, Laura, en ignotas regiones
 Se podrán nuestras almas unir. . . .

Junio 30 de 1851.—LUIS G. ORTIZ.

LA REINA Y LA PASTORA.

(PARÁBOLA.)

EN verdad os digo que quien envidia la condicion agena no sabe lo que envidia.

En un tiempo que pasó ya, habia una reina, que dominaba estensas comarcas, que contaba por millones el número de sus vasallos, que oía resonar continuamente en sus oídos el suave murmullo de la lisonja, como se oye á la hora de siesta el continuo zumbido de la abeja que gira en torno de las rosas.

Y era la reina jóven, y su frente relucia como un cielo sereno, y la voz de los hombres la aclamaba la mas bella de las mugeres.

Y sus caprichos eran leyes, y su voluntad soberana.

Y la reina no era feliz.

Porque la felicidad huye de la grandeza y del fausto.

Es una ave caprichosa que gusta de formar su nido en la soledad y en el silencio, y que se refugia en lo mas íntimo del corazon.

Y la reina en medio de su brillo y poderío, se sentía devorada de tedio y de tristeza.

Y habia mil gentes que se preguntaban atónitas: ¿Qué es lo que puede causar la tenaz melancolía de nuestra soberana?

Porque todos creían que quien domina á los pueblos, y tienen sus arcas llenas de oro, es feliz en este mundo.

Y la reina que dominaba á los pueblos y tenia sus arcas henchidas de oro no era feliz.

El tedio la devoraba, el tedio que es un gusano pérfido que roe todas las delicias del alma.

Y la reina para divagar su tedio, se entregaba á fiestas espléndidas en que lucían todas las pompas de su ostentosa corte.

Y despues de mil festines, en que habia armoniosas músicas y festivas danzas, la reina estaba cansada de sus palacios y de su fausto, y á veces su frente se anublaba en medio de las galas del sarao.

Y habia mil gentes que se preguntaban confusas. ¿Qué es lo que puede entristecer á nuestra reina, que vive presidiendo magníficos festines?

Porque creían que quien vive en perpétuas fiestas es feliz en este mundo.

Y la reina que se habia entregado al bullicio de los festines no era feliz.

Y un dia dispuso para divagar su tedio salir con su corte á las selvas, para entretenerse en cazar.

Y todos sus cortesanos se aprestaron á la caza, y prepararon soberbios corceles, y vistosos jaeces, y certeras armas, y todos anhelaban hacer tiros felices para obtener una mirada de la reina.

Y llegó el dia señalado para la caza, y todo el palacio era movimiento y ruido.

Los cortesanos cubiertos de púrpura y de grana, de oro y de pedrería, formaban un vistoso enjambre. Y el sol reverberaba en los brillantes adornos de ellos y de sus caballos.

Y la reina montó en un palafren, blanco como los campos sembrados de lino, manso como las palomas, y ligero como las águilas que viajan á lo mas alto de las nubes.

Y el palafren estaba lleno de oro, y parecia contento y orgulloso, porque sus narices se hinchaban, y relinchaba satisfecho.

Y damas y caballeros, y escuderos y pages acompañaban á la reina, buscando una sonrisa de sus labios.

Y todos llevaban ballestas y flechas, y sobre la muñeca de las damas se posaban, impacientes de lanzar su vuelo, los halcones.

Y luego, muchos escuderos guiaban una multitud de galgos corredores y ágiles para perseguir á los habitantes de las selvas.

Y la régia comitiva salió de la ciudad, y á poco llegaron á un bosque, que era espeso y confuso laberinto.

Y á una señal dada por la reina sonaron los cuernos de los cazadores, y damas y caballeros, galgos y halcones se internaron en la espesura buscando cerdosos javalíes, tímidos ciervos, ligeros venados, traviesas liebres é inocentes aves.

Y hubo ruido y confusion por algun momento, y la reina tambien corrió en pos de caza, para matar su tedio.

Y cuando ella corria, los otros cazadores se quedaban atras, para que ella les llevara ventaja, y á cada movimiento de la

reina, veía que le daban mil muestras de respeto y de sumision.

Y si ella perseguia á una fiera aunque no la alcanzara, todos aplaudian con gozo y entusiasmo, y cada cazador venia á contarle sus tiros y á ofrecerle su caza, y los caballeros la elogiaban y las damas la ensalzaban.

Y toda esta adoracion no satisfacía el corazon de la reina.

Porque la reina no era feliz.

Cuando mas respetos y atenciones á la reina prodigaban sus vasallos, acertó á pasar cerca del lugar de la caza, una pastora que apacentaba su rebaño.

La pastora era niña, y era hermosa y fresca como las flores que crecen á la orilla de los rios.

Y el ruido de la caza llamó la atencion de la pastora, que curiosa se dirigió á ver quienes eran las gentes que llenaban las selvas, é interrumpian su silenciosa calma.

Y los ojos de la pastora se deslumbraron con tanto brillo y con tanta pompa, y se detuvieron en la muger á quien todos tributaban homenajes.

Y la pastora comprendió que aquella muger era la reina, de quien habia oído hablar con admiracion y asombro.

Y la reina la descubrió á lo léjos, y sus miradas separándose de sus cortesanos se fijaron en la pastora y en sus ovejas, como el sol á veces se retira de los techos dorados de los palacios para alumbrar la paja de las cabañas.

Y cuando la reina y la pastora se miraron y se contemplaron un instante, se entristecieron, y sintieron ganas de llorar.

Porque la reina pensó dentro de su corazon:

“Feliz es esa pastora, á quien nadie adula, y desgraciada soy yo á quien todos ponderan!

“Feliz es ella sin pompas y sin galas!

“Feliz es ella que no tiene ambicion, ni ama los honores!

“Feliz es ella que no teme perder lo poco que le dió la fortuna!

“Feliz es ella que encuentra sumisas á sus ovejas, y no envidiosas ni altaneras como á veces encuentro yo á los príncipes de mi reino!

“Si nadie la adula, nadie la engaña, si nadie le rinde homenajes de respeto, ella se ve libre de tantos rostros indiferentes, de tantas adoraciones frias, de tantas humillaciones insulsas, y ella vive contenta y feliz!

“¿Por qué mi destino me hizo reina y no pastora?

“Yo sufro, yo lloro, yo me canso de la vida, y de mis palacios, y de mi poder y de mi oro.

“Y quisiera vivir como esa pastora, apacentando ovejas en medio de la soledad, libre y contenta, humilde y satisfecha.

“¿No podrá cambiarse mi destino?”

Y la reina suspiró y la tristeza plegó sus negras alas sobre su frente de alabastro.

Y entretanto la pastora pensó dentro de su corazon:

“Feliz es esa reina á quien nadie desprecia, y desgraciada soy yo á quien todos humillan.

“Feliz es ella sin soles y sin trabajos!

“Feliz es ella que no tiene miseria, ni vive con ovejas!

“Feliz es ella á quien la fortuna asegura sus inmensas riquezas y su poder soberano!

“Feliz es ella que encuentra tantas gentes que se le inclinan, que tiene hermosos caballeros y lindas damas que la sirven, que es adorada y ensalzada por su corte.

“Ay! nadie la desprecia, ni la humilla, todos la aman, la veneran, la respetan y le dicen que es hermosa. En medio de tantas pompas, ella debe vivir contenta y feliz.

“¿Por qué mi destino me hizo pastora y no reina?”

“Yo sufrí, yo lloro, yo me canso de la vida y de mis ovejas, y de mi cabaña y de mi pobreza.

“Yo quisiera vivir como esa reina, dominando á los grandes de la tierra, en medio de ruidosas fiestas, orgullosa y contenta, altiva y satisfecha.

“¿No podrá cambiarse mi destino?”

Y la frente de la pastora se inclinó entristecida, y lloró; y su pecho lanzó un gemido de dolor.

Signió la caza y terminó cuando la noche cobijaba con sus alas la tierra.

Y la reina volvió á su palacio y la pastora á su cabaña.

Y ambas encontraron duro su lecho y suspiraron llenas de tristeza.

La reina pensaba en árboles y en flores, en arroyos y en canoras aves, en la soledad de los campos, en la inocencia de los pastores.

Y la pastora veía palacios y tronos, cetros y coronas, el brillo de las cortes, y el poder de los reyes.

Y ambas se quejaban de su destino y se tenían envidia.

Porque ninguna de las dos sospechaba las penas de la otra.

Y ni la reina, ni la pastora eran felices.

Y lo que ellas llamaban destino, que es el Señor que vive mas allá de las nubes, no hizo caso del lamento de las dos mugeres, y dejó que la reina fuera reina, y la pastora, pastora.

Y así acontece con los hombres de todas las condiciones que siempre se imaginan feliz la suerte de los demas, y creen ser los únicos desgraciados de la tierra.

Pero en verdad, os digo que quien envidia la condicion agena no sabe lo que envidia.

Porque en la tierra están las chozas humildes y los soberbios alcázares, y la tierra es solo el camino en que es peregrina la humanidad, sin hallar nada que satisfaga sus insaciables deseos.

Al fin de esa jornada, están el cielo, y el Padre que reina en el universo.

AL SUEÑO.

VEN á mis párpados, ven,
Dulce bálsamo al fastidio,
Con que eternamente lidio,
Ven á mí, mi dulce bien.

Despues que de los amores
Sobre el campo de la vida
Halló mi alma dolorida
Mústias, deshojadas flores;

Despues de amargos pesares
Y de tristes desengaños,
Que los juveniles años
Me trajeron á millares;

Despues que en niebla sombría
Hundirse ví de la gloria
La luz débil, transitoria,
Que mis pasos dirigía;

Despues que perdí una á una
Las mentidas ilusiones,
Y que negras decepciones
Debí á la adversa fortuna;

Tú eres, sueño, la esperanza
En medio de mis dolores,
Que á calmar mis sinsabores
Solo tu poder alcanza.

Único regazo amigo
En que reclino mis sienes,
Única dicha, que vienes
Del cielo á ofrecerme abrigo;

No me abandones jamas
En mi largo desaliento,
Que tú el postrimer contento
Para mi desde hoy serás.

Ven, alivia mi existencia
 Con tu letargo profundo;
 Ven, que el engañoso mundo
 Solo inspira indiferencia.

Ven á mis párpados, ven,
 Dulce bálsamo al fastidio
 Con que sin descanso lidio;
 Ven á mí, mi dulce bien.

Octubre 30 de 1850.—OCTAVIANO PEREZ.

EL EGOISTA.

(PARÁBOLA.)

HABIA un hombre que era muy rico, porque su padre lo habia sido.

Pero si bien él amaba las riquezas no sabia el trabajo que cuesta adquirirlas, ni pensaba jamas en esplicarse por qué miétras él era rico, otros hombres eran pobres.

Y como él tenia grandes casas y lujosos muebles, y muchos criados, pensó para sí: "A ningun hombre necesito en el mundo."

Y creyendo que de nadie necesitaba se resolvió á vivir aislado, comprando á peso de oro algunos placeres.

Y creyendo que de nadie necesitaba no tenia amigos, ni relaciones, y temia que si algunos llegaba á tener, servirian solo para disminuir sus riquezas.

Y no habia amado á muger alguna, porque su corazon es-